

LAS GAFAS DE MARTINA
(relato infantil)

I

Adiós a la Giralda

Hay muchas formas de comenzar una historia, podría empezar con un “había una vez” o “érase una vez”, que es como empiezan las antiguas historias que la gente anciana cuenta a sus nietos. Pero hoy no os voy a contar una de esas historias, la de hoy va a ser una historia de nuestros días. Nuestra protagonista es, ni más ni menos, una niña cualquiera. Y qué os contaré, estaréis pensando, os narraré algunas de las aventuras que nos suceden en la vida real. Hoy no habrá ni brujas ni magos, príncipes ni princesas, ni castillos ni casas encantadas, pero sí las aventuras de quien viaja por nuevos lugares. Mmmm... he dicho que no, pero es probable que sí tengamos una heroína, una sola: nuestra heroína particular. Que cuál era su nombre me preguntáis, muy fácil, se llamaba Martina.

Martina era una sevillana de nueve años. Era rubia y no muy alta, pero sí le encantaba jugar y bailar, como a todos, también correr e ir en patines, es decir, le encantaban todas las actividades en las que tuviera que estar de acá para allá, sin parar un momento.

Ésa era Martina, divertida y revoltosa. Había vivido siempre en el centro de la ciudad de Sevilla. En su pequeño piso había estado encerrada esos extraños días en los que no se podía salir a la calle. Sus padres habían jugado con ella, habían visto películas reído, cantado y bailado, pero ella quería salir a la calle, jugar y correr. Al final había podido salir a la calle, primero sólo un rato y con uno de sus padres, luego cada vez más tiempo hasta que, en verano, se pudo salir sin problemas.

Pero realmente el día que Martina mejor recordaba era uno al inicio del verano y no lo recordaba con alegría. Ella estaba con papá leyendo un cuento en el sofá. Él se lo leía y ponía las voces de cada personaje haciendo que se riera cada vez que aparecía la pequeña Ángela, para la que ponía una aguda vocecita que casi no lograba escuchar, y luego aparecía el gran Álvaro, para el que papá ponía una voz muy grave. Pero también adoptaba el tono gracioso de Belén, que tenía mucho salero y al punto se enfurruñaba como óscar cuando sus amigos se reían de su ropa.

Cuando mamá entró en casa encontró a Martina y Julio, su padre, riendo en el sofá. Sonrió al verlos así, pero miró muy seria a papá y le dijo que tenían que hablar, era de algo del trabajo. Así que entraron en la cocina y Martina se quedó leyendo el cuento que tenía unas letras grandes y tantos dibujos.

Martina se esforzó por leer desde la distancia que le habían dicho, aunque con sus grandes gafas solía acercarse al libro y leer de muy cerca. Cuando había pasado ya varias páginas, sus padres salieron de la cocina. Los dos estaban muy serios. Mamá se acercó a ella y le explicó que en su trabajo le habían dicho que tenía que irse a otra ciudad y que papá y ella irían con ella. Martina se enfadó, tiró el libro, chilló y lloró, ya que no quería irse de su casa. Mamá le explicó que ellos tampoco, pero que de momento tenían que hacerlo. “Además”, le dijo “estarás más cerca de los yayos Toño y Conchi”. Eso consiguió animar un poco a la pequeña.

Días después, Martina estaba con sus padres. Ya estaba todo preparado, al día siguiente dejarían Sevilla y Martina no había querido irse sin despedirse de ese edificio enorme que tanto le gustaba y del ancho río que había al lado, el Guadalquivir. Para ser Sevilla y estar en verano, el cielo estaba triste y mustio, parecía apenarse de que se fueran, al menos así se sentía Martina. Levantó una mano y se despidió de la Giralda, su madre le cogió la mano y la familia volvió a casa.

A Martina la despertaron cuando estaban llegando ya a la calle en que iban a vivir. Había intentado mantenerse despierta durante el viaje, pero se había acabado aburriendo y quedando dormida, ya que sus padres no le dejaron ponerse a jugar con la tableta en el coche: “te puedes marear y no es bueno que mires mucho rato la pantalla tan fijamente” le recordó su padre. Así que optó por dormirse. Al abrir los ojos vio algunos edificios altos, pero también un parque. No era tan terrible como había pensado.

—¿Hemos llegado? —preguntó algo adormilada.

—Sipi —respondió contento su padre.

—¿Estamos en el centro? —preguntó con curiosidad.

—Aurora... —comentó, refiriéndose a su mujer, que iba de copiloto.

Ella se hizo cargo de la situación y fue quien contestó. Se volvió desde el asiento delantero para mirar a su hija.

—Martina, algunas cosas van a cambiar bastante ahora que vivimos aquí —hizo una pausa dándose cuenta de que Martina la miraba muy fija desde el cristal de sus gafas—. En Sevilla vivíamos en el centro, pero aquí no. Pero esta ciudad es mucho más grande y podrás venir con papá al parque a hacer nuevos amigos y amigas.

—¿Y tú?

—Yo trabajaré más horas que antes, pero papá... —Martina vio que su madre se ponía seria al decir esto último—. Papá estará contigo en casa, al menos al principio.

—¿Aunque estemos aquí sigue estando con E.T.?

Su padre no pudo más que echarse a reír al recordarlo.

—Sí, cariño —intervino—. Aunque estemos en Madrid sigo estando con el E.T., así que seguiré estando en casa mirando el teléfono.

Martina había oído hablar durante mucho tiempo a sus padres sobre “cosas de mayores”, como solían decirle cada vez que no querían que ella se enterase de algo. Uno de esos temas del que tanto hablaban era ese “E.T.”, o eso le había parecido a ella que decían. Y desde que ella les había preguntado que era “E.T.” su padre le salía con aquel comentario y le había enseñado fotos sobre un extraterrestre que se llamaba así, aunque Martina sospechaba que se referían a otra cosa.

Otra diferencia con su vida en Sevilla fue la habitación en la que iba a vivir. En Sevilla no es que viviera en un palacio, pero la casa nueva era algo más vieja y más pequeña, así que su cuarto también lo era. Se preguntó qué podría ser peor y cuándo volverían a Sevilla.

Pero estos malos pensamientos no tardaron mucho tiempo en disiparse, ya que en cuanto fuera al parque comenzarían las aventuras de verdad.

II

Una nueva amiga

—¡Cuidado, Martina! —le reprendió su padre—. Date cuenta de que este semáforo no es como los demás, este no pita.

Martina se detuvo al instante. Era verdad. Desde que habían llegado a Madrid hacía un par de días se había fijado mucho en que casi todos los semáforos sonaban con una melodía diferente. Sus padres le habían explicado que era para ayudar a gente como ella, que no viera bien. Por eso se había sobresaltado tanto cuando su padre había llamado su atención con tanta insistencia. Era un cruce grande y tenía que andarse con mucho ojo.

—¿Y qué hago entonces? —preguntó.

—Lo que hemos hablado otras veces. Te paras y te fijas en cómo van los coches. Mira, cuando esos primeros que hay enfrente arranquen es que tu semáforo está en verde. Si tienes dudas, ya sabes que es mejor siempre pararte y esperar a que alguien te ayude a cruzar antes que tener un susto.

—Tranquilo, papá. Tendré cuidado.

—Bueno, mira, un puesto de venta de cupones de la O.N.C.E.

—Sí, papá —dijo ella con algo de hastío.

Y no era de extrañar que estuviera cansada, pues cada vez que su padre veía uno de esos puestos se lo decía y a ella le parecía que ya era un poco machacón con el tema. Él, que lo notó le dijo.

—Pero este puesto es especial.

—¿Por qué?

—Pues porque este va a ser nuestro puesto de referencia —dijo con rotundidad.

—Vale —aceptó ella.

—¿Y entonces...?

—Entonces, si me pasa algo o me pierdo, será a este puesto a donde acudiré para que nos reencontremos.

—Muy bien —aprobó su padre acariciándole el pelo—. Además, podrás encontrarlo por esta carnicería que hay justo delante.

—Que síiiiiii.

Y siguieron su camino calle abajo hasta que llegaron al parque que habían visto desde el coche. De lo que Martina no se había dado cuenta era de que detrás de los columpios y balancines se abría un inmenso parque con muchas calles por las que podía ir sin problemas con los patines.

Cuando Martina se hubo calzado los patines, su padre se acercó para revisar que estuvieran bien anudados. “¿Te duele? ¿te están bien?” insistió él. A lo que Martina tuvo que volverse a armar de paciencia y decir otro “que síiiiiii”.

Comenzó a patinar con su padre siempre al lado, lo que ya empezaba a cansarle. De pronto avisó su padre:

—Ten cuidado, que hay canales en el suelo.

—Ya lo he visto —aseguró la joven que saltó con agilidad una canalización del agua que tenía delante. pero no vio como su padre se recolocaba la mascarilla con preocupación, intentando acariciarse la barba como solía.

—¡Y ten cuidado con las hojas! —dijo elevando algo más la voz, ya que su hija se alejaba y en los lados de las calles comenzaban a acumularse las alfombras que suelen teñir de naranjas y marrones las negras calles de los peatones.

Martina señaló con la mano a izquierda y derecha para que su padre viera que las controlaba y que tenía cuidado, pero antes o después, como su padre estaba vaticinando, hubo un accidente. Pero no fue culpa ni de las hojas, ni de las canalizaciones del agua, ni de Martina, sino de una centella con patines, otra niña que rápida bajaba una rampa y que se dio de bruces con Martina. El golpe fue muy aparatoso. Al punto dos adultos alcanzaron a las niñas, pero tanta preocupación no era necesaria, las niñas estaban bien y las protecciones que llevaban habían sido clave. El choque entre los cascos había sonado muy fuerte, pero no les había pasado nada y en un periquete volvían a estar de pie.

—¡Maríaaaaaa! —gritó una voz aguda que como pudo fue bajando la empinada rampa por la que se había lanzado su hija.

Tras el susto inicial, los adultos se tranquilizaron un poco y se pusieron a hablar. Martina se alejó rápidamente de su padre. Sabía qué le estaba contando a la señora, lo suyo, lo de sus ojos. Cuando se volvió para mirarlo se sorprendió, la niña que había chocado con ella la acababa de seguir y también se alejaba de su madre.

—Perdón —dijo tímidamente—. Es que quería alejarme un poco de mi madre, está siempre encima de mí.

—Ya, mi padre es igual.

—¿Y tu madre?

—Mamá está trabajando.

—¡Martina, no os alejéis demasiado! —escucharon la voz de Julio.

—¿Te llamas Martina?

—Sí.

—Yo soy María —dijo y le acercó un codo para que lo chocaran, tal y como les habían enseñado que había que hacer.

—¿Sólo es así de insistente contigo? ¿tienes más hermanos?

Martina que estaba algo nerviosa, como le solía ocurrir cuando conocía a alguien nuevo, no quiso todavía confesar por qué su padre era tan protector, así que no mintió cuando respondió.

—No, ni hermanos ni mascotas ni nada, sólo yo.

—Bueno, así no te pelearás tanto —dijo con aire alicaído.

—¿Tienes hermanos? —preguntó rápidamente Martina

—Sí —dijo con pesar María y ese “sí” sonó casi como un rebuzno de burro.

—Hala, que guay...

—No, no lo es. Siempre me está chinchando y todo porque soy la pequeña.

—¿Y no jugáis nunca juntos?

—Prefiero jugar con mi gato —dijo orgullosa.

—¿Tienes un gato? —preguntó con entusiasmo Martina que nunca había tenido una mascota por las alergias de su padre.

—Loki. El nombre se lo puso mi hermano, pero fue lo único que hizo con él. Casi nunca le hace caso y soy yo quien juega con él... Bueno, cuando se deja.

—Me encantaría tener un gatito —confesó Martina con aire soñador.

—Tampoco te creas —dijo María acercándose y bajando la voz, con el tono típico de contar un secreto.

—¿Por?

—Porque creo que mi madre me espía a través de Loki.

Martina rompió a reír y le costó un rato poder preguntar.

—¿Espiar? ¿tu madre?

—Sí, no te rías —siguió con tu voz baja—. Verás, al principio todo iba bien, se comportaba... bueno, como se comportan los gatos, lo mismo un día quería jugar como otro pasaba de mí y no me hacía ni caso. Pero desde hace unos meses, cada vez que mi madre se va a trabajar y yo voy a usar la tableta o el móvil y no debo, Loki aparece y se pone cerca y me mira muy fijo con sus ojos amarillos que dan mucho yuyu.

—Bah, será una coincidencia —le quitó importancia Martina.

—Que no. Eso pensé yo la primera vez, pero ahora siempre está por ahí hasta que cojo el móvil y ¡zas! aparece Loki para espiar lo que digo y hago.

Martina se detuvo y miró con recelo a María, ya que la idea de que los gatos espieran a las personas le parecía algo descabellada. Aunque aún no tenía mucha confianza con ella, Martina la miró a la cara, y decimos la miro, pero claro, en el caso de Martina se limitó a orientar su cara hacia María y mirarla, aunque María se percató de que los ojos de Martina no la miraban fijamente, sino que parecían mirar algo que estaba detrás de ella. María volvió la cara para mirar quién había detrás, pero nada había. Martina bajó la vista azorada, pero tras un momento en silencio María preguntó curiosa.

—¿Qué pasa? ¿A dónde mirabas?

Martina giró la cara rápidamente. María pudo darse cuenta de que, aunque llevaba la mascarilla roja, Martina se estaba poniendo como un tomate. Acto seguido, comenzó a alejarse de María.

—Espera —la llamó—. ¿Qué te pasa?

Martina siguió patinando unos metros sin contestar. Para cuando María la volvió a alcanzar, Martina se volvió y le dijo directamente.

—Pues pasa que no veo.

María se paró en seco y casi se cayó por el gesto tan brusco que dio. Vio que Martina tenía los ojos un poco humedecidos.

—¿Es por las gafas? Mucha gente en mi clase también las lleva.

—Sí, bueno no. Uso gafas, pero tengo otra enfermedad y por eso mi padre está siempre tan pesado, porque yo no veo qué tengo delante.

María, que no se esperaba para nada que le dijera eso, no supo qué decir. Se cayó y, desoyendo todas las recomendaciones, alargó el brazo y le tocó el hombro para intentar reconfortarla.

—No pasa nada... —dijo sin saber qué añadir—. ¿Y cómo se llama?

—¿Quién? —preguntó Martina sin comprender.

—La enfermedad... ¿cómo se llama? ¿tiene nombre?

Martina se recompuso un poco y pensó.

—Pues la verdad es que sí tienen nombre, pero no lo tengo muy claro.

—Ah no ¿y eso?

—Porque mi madre, que es muy lista y sabe muchos idiomas, lo pronuncia de una forma muy rara. Y mi padre... lo dice de una forma muy diferente y parece que hable de Star Wars, pero creo que eso es una película, así que no sé qué es lo que dice realmente.

María se echó a reír al escuchar que la enfermedad de Martina era Star Wars y ella no pudo más que acompañarla. La risa, como en otras tantas ocasiones, tuvo un efecto vivificador que les ayudó a limpiar las lágrimas y a seguir jugando.

Cuando llegó a casa, Martina le contó muy emocionada a su madre que había echo una nueva amiga y lo bien que lo habían pasado. No sabía cuándo se volverían a ver, pero al día siguiente intentarían coincidir otra vez en el parque. Para sorpresa y alegría de ambas, se encontraron antes, compartiendo clase. Pero eso os lo contaré en el siguiente capítulo, que ahora Martina ha de dormir y descansar, o, mejor dicho, lo intentará, pues está dando vueltas en la cama sin poder dormir, muy nerviosa por el inicio de curso.

III

Clases de hoy y de ayer

Los alrededores del colegio eran, a vista de pájaro, como un hormiguero revuelto, incontables figuras iban de un lado a otro sin chocar, procurando mantener distancia entre sí, pero con la emoción del reencuentro propia del primer día de clase. Al menos estaban ahí las risas de los amigos y las carreras por ver quien era el primero en encontrar la nueva aula. Tampoco faltaba algún llanto de quien estaba muy cómodo en casa y no quería ir al colegio, pero ésa no era Martina.

Es verdad que le daba bastante cosa el inicio de curso, ya le habían repetido una y mil veces en casa que tenía que lavarse las manos con ese gel que olía mal ¡y además tenía que hacerlo cada poco rato! Pero no era sólo eso, también le habían avisado de que no podía quitarse la mascarilla, ni aunque se le empañaran las gafas “¿algo más?”, había preguntado ella algo molesta, pues, a todo eso de la vida de ahora tenía que sumar que iba a conocer gente nueva, una clase nueva que iban a saber que ella no veía bien, así que Martina no había conseguido descansar ¿cómo sería el resto de la clase? ¿cómo se portarían con ella? ¿aceptarían sin más que ella era especial?

Pero decíamos que Martina no era la que se quejaba por ir a clase, ya que, nada más llegó a la entrada que tenían asignada por el curso y el grupo, había reconocido una voz. Era María.

Martina notó cómo un fuerte nudo que tenía en el estómago se soltaba y le dejaba respirar con normalidad, con toda la normalidad que era llevar la mascarilla, claro. María y Martina estuvieron hablando y riendo hasta que les llegó el turno de entrar por el acceso que tenían asignado, primero fue María y a varios metros de distancia Martina. Ella lo prefirió así, ya que su nueva amiga le hacía de guía y eso la tranquilizó. Y con los nervios casi se olvidó de darse media vuelta y despedir con la mano a sus padres que la saludaban y daban ánimos desde el exterior del colegio.

Cuando llegó a la clase se le acercó de inmediato una joven que resultó ser su profesora, la profe Milagros. Se presentó y le indicó cuál iba a ser su pupitre. Eso es lo que hacían siempre los profes, le asignaban una mesa en la primera fila y ahí se quedaba todo el curso, no rotaba por las filas como sus compañeros. La verdad es que a ella le

hubiera encantado cambiar de compañeros como lo hacían el resto, pero sabía que tenía que quedarse en primera fila para poder leer la pizarra.

La profesora llamó al orden enseguida y comenzó a explicarles las “nuevas circunstancias” y después de estar mucho rato explicando todos los cambios de ese curso, como que no podrían jugar por equipos, que convenía que no se juntasen mucho y que estarían con las ventanas abiertas para ventilar la clase, hizo una pausa y miró significativamente a Martina. Ésta se puso roja como un tomate, sabía lo que venía a continuación y no le gustaba nada ser el centro de atención.

—Y bueno... además de todas estas medidas que vamos a tomar, hay más novedades. Tenemos una nueva compañera. Esta es Martina —dijo la maestra—. Como seguro que ella os contará encantada, ha venido recientemente de Sevilla.

A regañadientes, Martina se levantó de la silla para que todo el mundo la viera “¿no se puede sentir más vergüenza? ¡que no soy un animal de zoo!” refunfuñó para sus adentros Martina. Cuando la hubieron visto se volvió a sentar, aún más roja que antes y procuró mirar hacia la pizarra lo que quedaba de clase.

—Tenéis que tener cuidado y ayudar a Martina en lo que podáis. Tiene un problema en la vista y ve mucho menos que nosotros y nosotras, así que muchas veces no llegará a ver lo que otra persona sí. Por eso, su pupitre será siempre este que está cerca de la ventana y cuando ella lo necesite subirá o bajará la persiana según ella lo vea necesario.

—Pero profe ¿no estará muy oscuro? —preguntó Héctor, que estaba sentado detrás de Martina.

—Pues encenderemos las luces. Generalmente es mejor leer con luz natural, ya os lo dije el curso pasado, pero Martina es “fotofóbica”...

—¿Es como una planta? —interrumpió de nuevo Héctor con impertinencia.

—Venga Héctor, no interrumpas —reprobó Milagros—. Y no, claro que no es como una planta. Las plantas hacen la fotosíntesis y yo he dicho “fo-to-fó-bi-ca” —repitió ella remarcando cada sílaba—. Eso significa que es muy sensible a la luz solar y que muchas veces a ella le deslumbra cuando al resto no. Por eso os decía que si ella nota que hay mucha luz, podrá bajar las persianas hasta donde lo necesite —hizo una pausa para que asimilaran aquella información y anunció—. Y con esto se acaba la cháchara. Tenemos que ponernos a trabajar.

Se levantaron algunas voces de queja, pero Milagros fue inflexible.

—El curso pasado fue muy raro y tenemos que ponernos las pilas con muchas cosas: leer, escribir, matemáticas... Así que... comencemos a trabajar. Ahora toca Lengua, así que quiero que me escribáis una redacción en la que me contéis algo que os gustó del curso pasado antes de que nos fuéramos a casa, algo chulo y divertido. Y os lo advierto —dijo tremendamente seria mientras miraba a Héctor—. Si no la acabáis en clase, será tarea para casa.

Martina no esperó más, sacó su tableta y abrió un documento para escribir con el teclado que tenía al lado. Miró a sus espaldas y comprobó que, como suponía, era la única a la que permitían usar la tableta para esas tareas, el resto estaban con su bolígrafo y cuaderno de cuadrículas. Ya le había pasado en Sevilla que era la única que usaba siempre aparatos tecnológicos cuando el resto de la clase únicamente los usaba para ciertas tareas. Martina había aprendido a escribir y seguía haciendo los tediosos ejercicios de caligrafía, pero su escritura era cada vez más chuchurría e incomprensible, así que al inicio del curso pasado habían decidido que hiciera más trabajos en ordenador, aunque eso le supusiera estar más horas delante de una pantalla.

Martina desplegó el teclado y puso como le habían enseñado los dedos índices sobre las teclas “f” y “j”. Era una cosa que su madre le había enseñado durante las horas del confinamiento, pero desde luego no era de lo que iba a escribir su redacción. Si había algo que Martina detestara más que los ejercicios de caligrafía eran las “clases de mecanografía”, que era como su madre llamaba a esas horas que se le hacían interminables en las que tenía que estar escribiendo una y otra vez letras sin sentido para aprenderse el teclado de memoria.

Para sorpresa de Martina, esas horas tuvieron su fruto y cuando comenzó a escribir su redacción, las palabras saltaban en el documento rápidas y veloces, no tenía que pensar ya en dónde estaba cada letra, podía escribir sin perder tiempo. En cualquier caso, eso no quitó que cometiera ciertas faltas de ortografía que nosotros omitiremos, ya que ella, como leía con bastante inseguridad y algo de torpeza, tardaba más en asimilar la forma en que había que escribir cada palabra, cosa que se aprende por los ojos, no por el oído.

En fin, lo que escribió Martina fue sobre el primer día del curso pasado, pues quiso en su primera clase acordarse de sus amigos y amigas de Sevilla y, especialmente, del partido de fútbol que habían jugado en Educación física. Aquella clase había sido una de

las primeras de ese primer día y eso era importante porque acababan de empezar tercero de Primaria. Era el inicio de un nuevo ciclo y los grupos y aulas eran nuevos. Así que era como su nuevo grupo en Madrid, habían tenido que explicar que Martina no veía bien y algunos de sus compañeros aún no estaban acostumbrados a ello.

Pues bien, en la clase de Educación Física les dejaron tiempo libre para jugar al deporte que quisieran. Rápidamente se fueron unos a por una pelota de baloncesto, otros a por una comba y, como siempre, un nutrido grupo de chicos se juntaron para jugar al fútbol.

Martina estaba con Marta, su amiga inseparable. Sólo hizo falta una mirada mutua para que asintieran y sonrieran, ellas también querían jugar al fútbol. Se cogieron de la mano y fueron corriendo a reunirse con el grupito que ya estaba haciendo los equipos.

Cuando se les unieron, algunos les dieron la bienvenida, de hecho, como dijo Sergio con esa voz de pito tan característica que tenía: “ya tardabais en uniros”. Otros no fueron tan amables. Los que parecían creerse los líderes se miraron y sonrieron.

—¿Vosotras? —preguntó Luis.

—Pues claro, no hemos venido para aplaudirte —le contestó Martina.

—No sé, no sé... —fingió pensar Quique, que era el otro que se había autoproclamado capitán—. Habrá que ver si dais la talla. No sé yo si seréis como...

—Supongo que ibas a decir como Jeni Hermoso —le cortó Martina—. Por aquello de que voy a ser la que más goles meta.

—O como Irene Paredes, capitana del Paris Saint-Germain —dejó caer Sergio.

—Y eso habrá que verlo de ti —intervino Marta por primera vez—. Te vi el curso pasado jugar en el patio y espero que hayas mejorado bastante, porque...

—Quique, hazles caso. Tenemos el mismo derecho a jugar todos y todas —intervino Sergio—. Además, ya te digo que son bastante buenas.

Quique y Luis seguían sin estar convencidos, pero el sentir general fue que por supuesto iban a jugar con ellos. Sergio, que había salido en su ayuda, se autoproclamó también capitán y reemplazó a Quique, que pasó al equipo de Luis.

—Como somos impares, es mejor que yo vaya con el equipo que más personas tiene —argumentó Martina.

Pero esas palabras provocaron, no sabemos muy bien por qué, que Quique y Luis se rieran, pero pronto se callaron, ya que nadie les había seguido la gracia. Se notaba que eran los nuevos en el grupo y no sabían cómo funcionaban las cosas.

Estuvieron jugando un buen rato sin parar. No había una alineación clara, lo mismo Marta estaba de delantera y Martina de defensa, lo mismo Sergio salía de la portería y se lanzaba a intentar marcar un gol.

Diez minutos más tarde, las porterías seguían a cero. En ese rato habían descubierto varias cosas, por ejemplo, que Marta era bastante buena, o que Quique, como habían dicho, no era tan bueno como se lo creía, pero entre la suerte de un equipo y la pericia del otro, el esférico no había tocado la red, como icen los comentaristas de la tele.

En ese momento la voz del profe anunció: “¡chavalada, dos minutos!”. En ese momento tenía la pelota Martina y el berrido del profe de gimnasia los distrajo a todos, lo que hizo que Luis aprovechara para hacerle falta. Como sólo quería hacerle falta no se fijó que Martina ya había traspasado la línea del área, era penalti.

Algunos compañeros le echaron la bronca por provocar un penalti porque sí, en ese momento, pero Quique salió en su defensa. Marta y Sergio animaron a Martina a tirar ella misma el penalti y más cuando escucharon que Quique, que era el portero, le decía a Luis: “déjala, si es una cegata que no ve”. Aquellas palabras pusieron muy nerviosa a Martina, que se puso muy roja y notó cómo las lágrimas acudían a sus ojos ¿por qué se portaba así? ¿qué había hecho ella para merecer un insulto que sabía que le iba a doler tanto? Martina se alejó del área unos pasos y Sergio y Marta la interceptaron para que no se fuera. Es más, al instante, todos los compañeros estaban a su alrededor diciendo que no les hiciera caso a esos dos y que chutara ella.

Con los ánimos de sus compañeros, ella desandó esos pasos y volvió a ponerse delante de la portería. Despejaron el área y se quedaron cara a cara. Como era el área de un campo pequeño, Martina alcanzaba a ver la socarrona sonrisa que le dirigía Quique. Lo primero que pensó Martina fue en chutarle directamente a lacara como si fuera un descuido. Eso le daría cierta satisfacción personal, pero pensó que sería mejor humillarlo metiéndole el gol, quizá haciéndole un caño, quizá metiéndola por la escuadra.

Retrocedió un par de pasos para tomar carrerilla y miró muy seria al guardameta. Algo en su cara le borró la sonrisa de inmediato a Quique, que pensó que sería mejor dejar la farsa y prepararse para el chute. Martina desató la impotencia que le habían causado sus insultos en el disparo y le salió con más fuerza de la que pensaba. Él no tuvo tiempo de reaccionar y se quedó comuna cara de pasmado cuando se enteró de que le acababan de meter un golazo por toda la escuadra sin que lo oliera.

El toque del fin de clase no pudo ser más oportuno. Luis y Quique se quedaron absolutamente solos en su intento de parodiar el penalti, porque había sido un golazo y ellos fueron los ridiculizados incluso por los de su propio equipo. Su disposición hacia Martina y Marta cambió radicalmente a partir de ese día.

Esto fue, en resumen, lo que Martina quiso contar en su primer día de curso en Madrid, el momento de tensión antes de chutar y su alegría tras marcar, y yo así os lo he querido retransmitir, pues sería lo que ella habría querido. Fue una anécdota muy alegre para ella, no una aventura, como la que vivió un par de meses después de llegar a Madrid. Pero ésa os la narraré a continuación, pues una historia que involucró a Martina en los asuntos de la gente mayor y a alguno le enseñó que deben ignorar lo que sucede a su alrededor.

IV

Un mal capricho

Pasaron los días y octubre trajo consigo frío, mucho frío. Martina, que estaba acostumbrada al otoño de Sevilla, no comprendía cómo era posible que hiciera tanto frío. Día a día veía como se iban amontonando hojas y más hojas en la calle. No podía creer que, cuando llegó noviembre, comenzara a hacer más frío aún. Un día en la calle le preguntó a su padre “¿es que estamos en ‘Frozen’?”, lejos estaba de pensar que en enero viviría una auténtica nevada con la que se cubrirían las calles de nieve y hielo, jugaría a guerra de bolas de nieve, haría muñecos como Olaf y, sobre todo, se tumbaría sobre la nieve virgen y dibujaría con su cuerpo la figura de un ángel.

Pero la aventura que os queremos contar ahora no es ésta. La que queremos contar sucedió unos días antes de las Navidades. En las calles brillaban las luces de colores y el aliento, aun llevando mascarilla, se veía blanco cuando lo exhalabas. Comenzaba el invierno. ¿Cómo sobrevivía Martina a tanto frío? Eso mismo se preguntaba ella. Todos los días se cubría con mil capas y antes de salir de casa se ponía unos guantes y gorro y aun con esas pensaba: ¡qué frío!

Era por la tarde y había salido ya del cole. Aquel día iba sola con Julio. Aunque no era muy tarde, el cielo comenzaba a oscurecerse, así que Martina se pegó un poco a su padre. Las zonas mal iluminadas le hacían desconfiar mucho, ya que no lograba distinguir las cosas que tenía delante y más de una vez se había tropezado o atropellado algún perro.

la cercanía de las fiestas hacía que sus padres no fueran tan rígidos con las normas de “vuelve a casa después del cole y ponte a hacer los deberes”, como repetían sin cesar, así que ese día dijo su padre que “iban a ir al parque”. Martina sabía bien qué quería decir su padre con “ir al parque”. Apenas un par de días después de ir el primer día, en el que conoció a María, le habían dicho que habían cerrado los parques y, otra vez, no podían acercarse a ellos. Pero alguna vez, habían pasado por los alrededores y se habían metido unos metros, no mucho, pero lo justo para poder correr por el césped o por las rampas, siempre sola o con María y con la ceñuda vigilancia de sus padres que a la mínima les decían “cuidado”, “no toques eso” y esas cosas. Así que casi no tenía gracia ir al parque, no como la tenía antes, pero era un día especial y eso sí era guay.

Martina se cogió de la mano de su padre y se dejó guiar por las calles. Al principio le contó a su padre qué habían estado haciendo ese día, pero pronto se dio cuenta de que su padre no la escuchaba “¿por qué siempre los mayores pasan de los pequeños? ¿por qué se creen tan importantes?” pensó ella. Así que se cansó, se calló y se soltó la mano, permaneciendo a su lado. Para su enorme sorpresa, su padre siguió ensimismado y callado, de modo que ella comenzó a mirar con curiosidad los escaparates de las tiendas. Todos estaban decorados con multitud de lucecitas y adornos. Se fijó en uno en especial que tenía muchas más luces que todos los demás, más colores, más adornos, era el de la Juguetería De La Esquina. Desde que lo conocía intentaba entrar cada vez que pasaba por la puerta, pero su padre refunfuñaba y no se lo permitía ¿aquel día lo lograría? Intentó acercarse, pero su padre, oh sorpresa, volvió a la realidad.

—Venga, Martina, no insistas, ya vendremos este finde.

—Pero papá, aún no he visto los adornos de Navidad —se quejó ella.

—Que no —zanjó con tono serio y volvió a cogerle la mano y tirar de ella en dirección al parque.

Ella se enfadó con él, se quejó y tuvo un pequeño berrinche, pero no pareció interesarle lo más mínimo, así que decidió hacer lo que había visto que hacían los mayores en esos casos: iba a ignorarlo. Por las series había visto que era una técnica que daba muy buen resultado cuando querías que reaccionara una persona que tú querías. Pues ella quería mucho a su padre y pondría en práctica ese plan.

Padre e hija siguieron caminando sin hablar hasta que llegaron a la entrada del parque, donde se iban a detener un rato. Su padre no dijo nada y Martina se adentró un par de metros para subir la cuesta y bajarla corriendo, esa era toda la diversión que le permitían los mayores “¿pero que les estaba pasando en la cabeza?” se dijo a sí misma. Puso en práctica algunas de sus mejores técnicas para llamar la atención de su padre, dio unos pasos más y se alejó más metros. Él no dijo nada, estaba apoyado en un banquito mirando el móvil. Martina corrió alejándose más metros y no dijo nada, así que disfrutó de esa nueva diversión algunos minutos. pero pronto dejó de tener gracia, su padre no se había movido ni un centímetro. Es más, por lo que había podido intuir ella, su padre no había apartado la mirada del móvil desde que habían llegado ¿pasaría algo con el E.T.? Y, por otra parte ¿no le insistían tanto a ella que no mirara tanto el móvil? ¿cuándo iban a dar ejemplo si querían que ella aprendiera?

Pensar en el móvil le hizo recordar la carta que había escrito hacía unos días para los Reyes Magos y que aún no había terminado ¡Por supuesto que no estaba terminada! ¿cómo podía haberle puesto punto final sin ver la Juguetería De La Esquina? En ese momento le entraron unas ganas locas de ver la tienda que su padre le acababa de impedir ¿pasaría algo si se acercaba solamente un momentín? Se detuvo y se acercó a su padre. Él siguió mirando el teléfono “¡pero bueno! ¿es que no me va a mirar?”, pensó mosqueada Martina y se dijo “para estar así, me voy a la Juguetería”. Y no escuchó la voccecita de su madre que le decía, como otras veces “craso error, cariño”. Eso se lo decía cuando le quería decir que lo que había hecho era un error fatal y tremendo, pero la voz de Aurora quedó relegada a un segundo plano, las luces de la juguetería brillaban con demasiada intensidad en la imaginación de Martina.

Sin que su padre se enterara, Martina subió de nuevo la calle. La verdad es que siempre hacía ese recorrido con alguien y se le hacía mucho más corto, pero aquella vez... cuando llevaba ya muchos pasos pensó que se habría pasado ¿pasaba todos los días por delante de esa cafetería? lo cierto era que sí, pero Martina, que de diario iba guiada por su padre, no se fijaba en los detalles del camino y, ahora, no tenía referencias para poder guiarse. Martina si imaginó como una gran exploradora a punto de descubrir una civilización perdida ¿cómo detenerse ahora! Siguió caminando, aunque a cada paso que daba, volvía su cabeza con la vana esperanza de que apareciera su padre para guiarla o para averiguar si iba por buen camino.

Al final de la calle le pareció reconocer un semáforo, lo reconocía por la basura, que estaba tirada por los suelos, eso le había llamado la atención esa tarde y ahora era su salvación. “¡Adelante Martina, vamos por buen camino!” se dio ánimos, “ahora es a la izquierda y es un poco más abajo”. Siguió caminando, pero... algo no iba bien.

Martina se detuvo. Su ímpetu como exploradora insaciable pareció apagarse ante la pregunta que de pronto la llenó de miedo: “¿dónde estoy?”. Miró a todos lados. No se había dado cuenta de lo oscuro que estaba todo. Las farolas daban una suave luz amarillenta desde hacía un buen rato, ese no era el problema, pero ¿y las tiendas? ¿por qué estaban todas las tiendas apagadas? No era tan tarde. Sabía qué hacía un rato que había salido del cole, pero aún quedaba mucho para la hora de cenar ¿por qué estaba todo cerrado?

Intentó pensar, pero su cerebro iba a mil por hora y no podía hacerlo con claridad. Al final decidió que lo mejor era seguir un poco, que hubieran cerrado algunos bares no significaba que la Juguetería estuviera cerrada, seguro que estaba abierta.

Caminó unos pasos sin mucha convicción. Se volvió a detener y volvió a emprender la marcha. Al llegar a la esquina se le cayó el alma a los pies. La Juguetería estaba cerrada, como todo lo demás ¿cómo era posible?

Instintivamente, Martina se llevó un dedo a la boca para morderse las uñas, pero la mascarilla se lo impidió. En ese momento, comenzó a respirar más rápido y la mascarilla hizo de las suyas: las gafas comenzaron a empañarse. Así que tampoco podía ver por ellas. Se las quitó e intentó limpiarlas, se las volvió a poner, pero no consiguió nada, se volvieron a llenar de vaho. Tuvo que quitárselas, pero así, sin gafas, todo se volvió aún más borroso, las siluetas perdieron definición y parecían que estuvieran mucho más lejos de lo que estaban, dejó de poder ver los contornos y ya no distinguía las ramas de los árboles, era muy finas para que las pudiera ver. La primera lágrima se desprendió de sus ojos y fue a chocar contra la puñetera mascarilla.

Rompió a llorar, sin consuelo y sin ser capaz de pensar. Estuvo así un rato, enjugándose las lágrimas con los guantes hasta que volvió a escuchar la voz de su padre, pero no por los oídos, era esa otra voz, la que parecía Pepito grillo diciendo y riñendo. Esta vez sonaba más suave, le recordaba “sabes qué tienes que hacer” y ella había respondido “que síiiii”. Lo que tenía que hacer era buscar el puesto de venta de la O.N.C.E. Escuchando la voz de su padre, aunque fuera en su recuerdo, se sintió más fuerte y pudo pensar con más claridad. “La Juguetería hace esquina con la calle anterior de la calle del puesto, cuando salga a la calle principal tengo que bajar un poco y ¡ya está!”. Le fue muy sencillo hacer el mapa mental de las calles y decidió seguir su espíritu aventurero con esa idea. Echó a correr, más por el nerviosismo que por otra cosa y salió a la avenida principal. Como las otras, estaba silenciosa y muy apagada, pero ya no le preocupaba, sabía que un poco más abajo estaba el punto de referencia. Esperó impaciente a que cambiara de color el semáforo y echó a correr como si fuera una atleta que, en cuanto escucha el sonido de la pistola, echa a correr todo lo rápido que puede hasta la meta. En su caso, en vez de la pistola, el sonido fueron los pajaritos del semáforo. Cruzó y se vio en la meta, ya veía el banco y... y... pero... pero...

Martina se detuvo de golpe. No había puesto de venta de la O.N.C.E. “Pero si lo vi el otro día” pudo decir en voz alta entre lágrimas. Nerviosa y atolondrada como estaba no se dio cuenta de que eso no importaba, que el punto de referencia era igualmente válido estuviera o no el establecimiento. Pero para Martina fue un jarro de agua fría y no pudo contener más el llanto. Se acercó al banco y estuvo largo rato llorando, esperando y pensando que no la encontrarían, por haber tenido la tonta idea de ver unas lucecitas de Navidad.

Con el paso de los minutos se fue tranquilizando y se preguntó por qué tampoco había visto a nadie por las aceras ¿se arriesgaría a caminar un poco y buscar a alguien por la calle que le pudiera ayudar? Decidió que eso era lo mejor. Si no encontraba un policía, cualquier persona le echaría una mano.

Decidió bajar la calle, poco a poco, pues con las lágrimas y el vaho no podía ver nada con gafas y tuvo que volver a guardarlas en un bolsillo. Así que avanzaba muy lenta, pasito a pasito procurando no tropezar con ningún escalón. Cuando llevaba unos metros recorridos lanzó un grito de alegría. Ahí a varios metros había una persona parada junto a un coche. No era muy alta y llevaba un abrigo oscuro. Martina se lanzó precipitadamente hacia ella para hablarle. Con su grito la figura no se giró, parecía no oírle. Hasta que no estuvo a escasos metros Martina no se detuvo y se dio un golpe en la frente “¡tonta! ¡eres rematadamente tonta y cegata!” se insultó a sí misma llena de frustración.

No había ninguna persona en la acera. La figura que ella había pensado que era un hombre no muy alto y que estaba quieto era una de esas máquinas del parquímetro y que te dicen hasta qué hora puedes dejar el coche en la calle.

Martina no pudo contener las lágrimas y se mordió un labio por la impotencia que sentía, nunca se había sentido tan perdida y sin saber qué hacer. Sin saber ya por qué, se acercó a la máquina y se dejó caer junto a ella. Se echó a llorar y se seguía insultando una y otra vez “eres tonta y cegata, eres tonta y cegata, eres tonta y cegata”.

—No digas eso —dijo una voz cerca de ella.

V

Lo que un mayor puede contar

Esta vez sí había sonado una voz real y no un recuerdo. Martina, se giró hacia la figura que le hablaba. Al principio pensó que era una chica, pues tenía un pelo largo, oscuro y rizado que le llegaba hasta los hombros. Pero Martina, en ese momento, prefirió fiarse más de sus oídos, ya le habían jugado muy malas pasadas los ojos, y la voz era, indudablemente, de un mayor.

—No digas eso —repitió él, mientras se acucillaba para quedar a su altura—. Puedes llamarme G ¿cómo te llamas?

—¿La G es de grande? —logró preguntar al joven, pues en efecto era muy alto o eso le pareció a ella.

Él se rio como quien recuerda una escena conocida y comentó.

—No, es de Guille.

—Martina —dijo aún balbuceando a causa de las lágrimas.

—¿Estás bien? ¿te has hecho daño? —preguntó con interés el joven. Ella negó con la cabeza y preguntó acertadamente—. ¿te has perdido?

—Sí —logró decir en un susurro.

—Bueno —la tranquilizó—, pues no pasa nada, te ayudo a buscar a tus padres y listo. ¿Dónde estabas antes? ¿estabas con tus padres o con amigos?

—Con mi padre, estábamos en el parque, pero no sé muy bien dónde estoy ahora.

—Estas en la avenida Buenos Aires —dijo el joven y debió pensar que eso no le iba a servir de nada a ella, así que rectificó—. Estas en una de las calles más grandes del barrio y el parque está aquí mismo, a un par de manzanas ¿en qué parte del parque estabais?

—No lo sé. Pero tengo que esperar aquí a mi padre, es nuestro punto de referencia. pero... pero el puesto de la O.N.C.E. ha desaparecido y mi padre ya no me encontrará.

Guille miró con atención a la niña, como si fuera un médico que reconociera los síntomas de una gripe inminente.

—Bueno Martina. Es posible que tu padre haya avisado a la policía y estén con él y es muy probable que le hayan pedido que no se mueva del parque, así que lo mejor será que vayamos allí. Y me temo que sí, el puesto lo quitaron el otro día. Tendréis que buscar otro punto de referencia.

Cuando Guille había salido de la parada de metro había ido a la suya, había escuchado que había cierto revuelo en el parque, pero no le había dado mayor importancia. De haberlo visto en ese momento Martina habría pensado de él “otro mayor más que sólo se preocupa de sí mismo”. El joven había caminado hacia su casa e iba canturreando “mis hijos, tus ojos, la noche estrellada” cuando había escuchado el llanto de Martina y la había encontrado acurrucada junto al parquímetro. Ahora comprendía el porqué de tanto revuelo y seguro de que las sirenas eran por Martina.

—Dime, Martina ¿recuerdas en qué parte estabais del parque? —volvió a preguntar.

—No —explotó ella—. No lo recuerdo porque no lo vi. No veo y por eso soy tonta y ciega.

Ella se llevó los puños otra vez contra la frente, pero antes de que se golpeará, él la detuvo.

—Eh, no hagas eso y ya te he dicho que tampoco digas eso.

—Pero lo soy —protestó ella.

—No lo eres. No digas tonterías, Martina. Has tenido un descuido. Nosotros hemos de tener mucho cuidado con este tipo de descuidos.

Martina, que iba a volver a protestar, lo miró fijamente y logró preguntar.

—¿Nosotros?

—Sí, así es. Yo también tengo un problema en la vista.

—Tus gafas son más finas que las mías —le reprochó, pues era cierto, las gafas del joven eran muy finitas, mientras que Martina aún llevaba sus gruesas gafas del colegio.

—Eso es porque lo mío no se cura con las gafas.

Martina asintió con la cabeza, pues esa era una explicación muy parecida a la que ella le había dado a María cuando se habían conocido.

—¿Recuerdas cómo se llama tu enfermedad? Es para hacerme una idea de qué puedes necesitar ahora mismo —se explicó él.

—No sé, creo que tengo Star Wars.

El chico se echó a reír ante la enfermedad y Martina no pudo más que sumarse a la risa del joven.

—He de confesar —dijo aún entre risas—. He de confesar que padecí Star Wars hace años, pero la otra... —comentó con tono más serio—. Lo que sí tengo es Stargardt, que supongo que es el nombre que querías decir.

—¡Sí, eso! Es que mis padres lo dicen muy raro.

—No me extraña. Bueno, pues tenemos lo mismo, mira qué coincidencia.

Ella lo miró con cierta admiración y preguntó:

—Pero vas tu solo por ahí.

—¡Claro! Y tú cuando hayas crecido un poco empezarás también a hacerlo.

—¿Y no te tropiezas?

—Tropezarse es parte de la vida, y especialmente de la nuestra, ya lo creo. Pero casi siempre hago el mismo recorrido, así que sé exactamente qué hay delante, o qué debería hacer. Por ejemplo, ves que unos metros más allá la acera te ofrece dos opciones: bajar unas escaleras o bajar la rampa —Martina hizo un mudo asentimiento de que lo veía desde ahí—. Pues bien, yo siempre cojo la rampa, así no me tropiezo con los escalones. Son el tipo de trucos que te irás acostumbrando a hacer y los llegarás a interiorizar tanto que la gente ni se da cuenta de que no ves.

—Hala —pudo decir ella.

—Pero bueno, ya está bien de tanta charra. Vamos a ver a tus padres —y con esas palabras se incorporó cuan alto era—. ¿Necesitas cogerte?

Martina dudó. Con su padre, con quien tenía confianza, no le suponía un problema cogerle la mano o pedirle que la guiara, pero con una persona extraña... con una persona extraña era otro cantar. Ni siquiera se atrevía aun a decirle cosas de esas a María y eso que era su mejor amiga en Madrid.

—No tengas vergüenza ni miedo de pedir lo que necesitas —comentó él al ver que ella no se decidía—. Lo más importante es que estés cómoda y serena ¿crees que vas a caminar más segura si vas cogida de la mano o si te coges a mi brazo?

—Sí.

—Pues no hay más que hablar, tú te agarras bien fuerte y si algo no te gusta o crees que vamos demasiado rápido me das un tirón.

Las últimas palabras las acompañó de un gesto con el que le tendió la mano para que la tomara. En ese momento, Martina la aceptó y cuando comenzaron a caminar se fijó detenidamente en la mano que agarraba su guante.

—¿No tienes frío? No llevas guantes.

—¿Eres de Sevilla? Se te nota por el acento.

—Sí, vivía allí hasta hace unos meses.

—Claro, eso explica que no estés acostumbrada al frío. Yo, en cambio, soy de una ciudad al norte, en los Pirineos aragoneses y, claro, ahí hace mucho más frío, así que llevo bien esta temperatura ¿has visto por la tele que hay gente que se baña en estas fechas en lagos helados?

—¿De verdad? —preguntó sin creerlo Martina, que le sonaba vagamente escenas de esas en que la gente se bañaba en el hielo.

—Sí, pero yo no llegaría a tanto. Con llevar la mano así desnuda estoy bien.

—¿Y no la echas de menos? —se le escapó la pregunta.

—¿Echas de menos Sevilla?

—Muchísimo. Echo de menos a mis amigos, a mis tías y lo que hacía allí.

—Es normal. Yo también echo de menos mi ciudad. Pero a veces hay que cambiar de ciudad por trabajo.

—Eso ha tenido que hacer mi mamá, que es muy lista y hemos tenido que venir aquí.

—¿A qué se dedica?

—No sé, ella dice que en su trabajo tiene que pensar mucho, así que es pensadora.

—¿Y tú, Martina, qué quieres ser de mayor?

—Yo no quiero hacerme mayor.

—¿Y eso?

—La gente cuando es mayor no hace caso a la gente pequeña, cree que nuestras cosas no tienen importancia, así que no sé si quiero hacerme mayor.

Guille rio la idea de Martina y le dio la razón.

—Pero es posible que, quieras o no, te acabes haciendo mayor, pero sólo tú decidirás en qué clase de persona te conviertes.

Ella lo miró con curiosidad. Aunque le había dicho que no quería hacerse mayor, lo cierto es que muchas veces había pensado, jugando a tal o cual cosa, que no servía para algunas cosas.

—¿Y puedo elegir en lo que quiero trabajar?

—Por supuesto ¿tienes miedo a hacerte mayor? —preguntó con sagacidad.

—Un poco... no sé... —dijo con dudas. Tampoco se le había pasado el susto y no sabía qué pensar en ese momento sobre eso que tanto les gusta hablar a los mayores “el futuro”.

—Venga ¿qué te gustaría ser de mayor? No lo pienses y sólo responde ¿qué es lo que más te gusta hacer y que nunca te cansaras?

—Aysss... no sé... —respondió parándose un momento para pensar.

Le gustaba hacer muchos deportes, pero también las aventuras, también cantar y bailar ¿habría alguna profesión que las juntase todas? Intentó explicárselo a Guille, que le gustaban todas esas cosas y más y que no quería dejar de hacer ninguna.

—Ya tengo una solución.

—¿Ah sí? —dijo emocionada.

—Sip ¿te gusta actuar? podrías ser actriz. La gente que interpreta papeles se tiene que meter en la piel de la persona, lo mismo serías una gran reina que una humilde vendedora y hacer bien esos papeles es igual de importante. Podrías viajar, conocer sitios nuevos y correr muchas aventuras.

—¿Y podré? —preguntó ilusionada Martina, ya que las palabras del joven le estaban haciendo olvidar el susto y le llenaban de ilusión.

—Por supuesto. Sé de una chica que ha llegado a ser modelo siendo ciega. Siempre que lo quieras y te esfuerces podrás alcanzar lo que quieras. Que eso no te frene. No pienses que no ver será una barrera, será un obstáculo, pero cuando te encuentras un agujero en el camino puedes saltarlo o rodearlo. En este caso será igual, puede que te lleve más esfuerzo y trabajo, pero por supuesto que puedes lograrlo.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—A enseñar.

—¿Eres profesor? ¿das clases en mi cole?

—Soy profesor, pero doy clases a los mayores.

—¿Profesor de instituto? —preguntó, ya que había oído que en unos años comenzaría el instituto y esos eran mayores.

—Nop, a los que son aún más mayores. Después de terminar el instituto mucha gente decide seguir estudiando y van a otro lugar, ésa es la universidad y es donde yo doy clases.

—Pues que aburrido, a mí me parece un tostón hacer los deberes.

Guille rio otra vez con una alegre risa. Martina no se estaba dando cuenta porque lo miraba y se dejaba llevar, pero el joven veía ya a unos metros el parque.

—Puede ser, quizás en unos años descubras una asignatura que te encanta y quieres ser química, como Marie Curie o Margarita Salas —Guille se calló como quien recuerda un hecho amargo, pero apostilló como sentencia final—. Hasta que ese día llegue, hay que seguir aprendiendo. Es lo mejor que tenemos.

Un grito sonó a lo lejos y martina volvió a mirar al frente. Al fin vio las luces azules que tanto le molestaban ¿por qué brillarían tanto? Esas luces la deslumbraron y lo dejaron ver las figuras que se les acercaban corriendo.

Cuando estaba a escasos metros, una voz dijo algo y Guille soltó su mano. Martina no comprendió y fue a mirar a su acompañante, pero antes de que pudiera decir “¿por qué?” se vio en los brazos de sus padres.

La conversación con Guille la había distraído, pero no había logrado tranquilizarla del todo y sólo entonces, sólo ahora se volvía a sentir a salvo, otra vez en casa, en los brazos de sus padres. Se alegró mucho de que también estuviera su madre, pero eso le hizo pensar otra cosa: “¿qué hacía ella aquí?”. Y luego pensó “¿tanto rato he pasado fuera? la verdad es que a mí me ha parecido muy poco”, y un último pensamiento le vino a la cabeza, después abrazó con más fuerza a sus padres: “¿cuánto tiempo he estado desaparecida? y... ¿cuánto tiempo había sido para papá y mamá?”.

Cuando pudo sacar la cabeza de entre los brazos de sus padres vio que una policía miraba muy mal a Guille y pretendía alejarlo más. Martina se revolvió y gritó que le dejaran estar con ella, que era su amigo. La agente la miró y sólo dijo de muy malos modos “sí, bueno, pero tendremos que hablar con él”. Guille volvió a explicar lo que había pasado y hubo una frase que a Martina le dio la clave de que se hubiera perdido “el toque de queda ha hecho que los garitos cierren antes y con la falta de luz se ha desorientado”.

EPÍLOGO

Al fin, dejamos a Martina que ha vuelto a casa y está cómoda y a gusto entre los brazos y besos de sus padres. Esa es la historia de Martina hasta donde la conozco. Otro día, si me entero de más, os la contaré. Pero ahora es el momento de dar punto final a esta historia y dejar que los ojos y oídos descansen.